

Fundación **MAPFRE**

# Julia, Pato y el espía

Carlo Frabetti

Ilustraciones de Mónica Calvo



# Julia, Pato y el espía

CARLO FRABETTI nació en Italia y reside en España. Escribe en castellano desde hace décadas. Es curioso, observador y tiene una enorme capacidad para enlazar mundos aparentemente inconexos: conjuga la formación matemática con su pasión por los cuentos clásicos, el humor con el rigor narrativo, complejas novelas para adultos con exitosas series infantiles y con la creación de guiones para programas televisivos tan emblemáticos como «La bola de cristal».

El programa educativo de Prevención y Seguridad Vial es una iniciativa de Fundación MAPFRE para fomentar la prevención de accidentes infantiles y la educación vial en el entorno educativo.

Primera edición: octubre de 2011

Primera reimpresión: octubre de 2016

Dirección y Coordinación del Proyecto: Fundación MAPFRE

Edición y diseño didáctico: Mr. Garamond

Diseño y Maquetación: David Sueiro y Elena Fernández

© Del texto: Carlo Fabretti

© De las ilustraciones: Mónica Calvo

© De esta edición: Fundación MAPFRE

Paseo de Recoletos, 23

28004. Madrid

[www.fundacionmapfre.org](http://www.fundacionmapfre.org)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista en la ley.

ISBN: 978-84-9844-313-4

Depósito legal: M-40441-2011

# JULIA, PATO Y EL ESPÍA

Carlo Frabetti

Ilustraciones de  
Mónica Calvo

Fundación **MAPFRE**





**P**ato no es un pato, es un perro; pero de cachorro era muy patoso y la abuela de Julia solía decir al verlo caminar: «Parece un pato mareado», y aunque su verdadero nombre es Saturnino, todos lo llaman Pato. Pato ya tiene un año y ahora no es nada patoso, sino todo lo contrario: salta y corre con gran agilidad, y hasta caza las moscas al vuelo.

A Julia le gusta mucho ir de paseo con Pato, y suele llevarlo al parque que hay cerca de su casa.

Pato es un perro muy pacífico y nunca ataca a nadie; pero Julia lo lleva siempre sujeto con la correa, pues podría asustar a alguien o echar a correr de improviso.

Camino del parque o de vuelta a casa, Julia mira bien antes de cruzar la calle, incluso en los pasos de cebra y aunque el semáforo esté en verde, ya que un conductor despistado podría darles un susto.

O Pato podría darle un susto a un conductor despistado.



También procura no acercarse mucho a las bicicletas que van por el carril bici, puesto que Pato, jugando, podría saltar hacia ellas y hacer perder el equilibrio a algún ciclista.

Cerca de la casa de Julia hay una calle que no tiene aceras porque es muy estrecha.







Por esa calle, Julia va por su izquierda, pues así ve venir de frente los coches que van por su lado.

Y lleva a Pato sujeto muy corto, casi cogido por el collar.

También suele pasar por una calle sin paso de cebra ni semáforo. Julia sabe que tiene que cruzar cerca de la esquina y no por la mitad de la calle.

Pato también lo ha aprendido y tira de Julia hacia la esquina.

Julia nunca cruza delante de un autobús u otro vehículo grande, ya que al otro lado podría haber un coche en marcha al que no ve.

Pato lo sabe y no tira de la correa hasta que no hay buena visibilidad.



Si llueve o el día está muy gris, Julia se pone su chubasquero rojo. No solo para no mojarse, sino también para que los conductores la vean mejor.

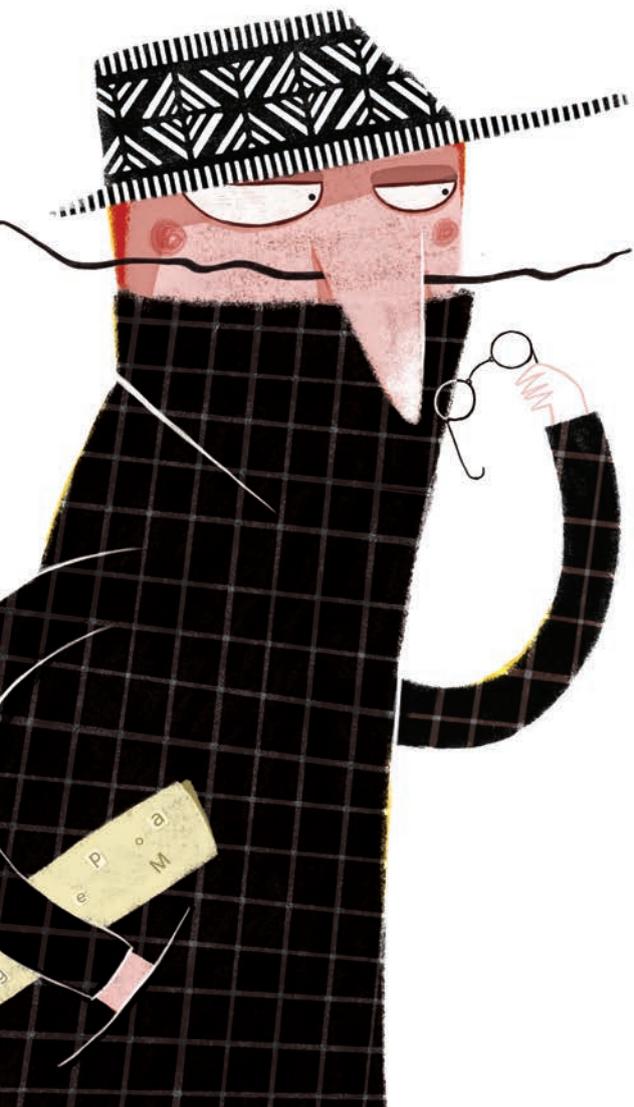
Y es aún más precavida que de costumbre al cruzar la calle, pues con el suelo mojado los coches frenan peor.



A Pato no le importa mojarse y, haciendo honor a su nombre, hasta chapotea en los charcos.

Cuando lleva su chubasquero con capucha, Julia imagina que es Caperucita Roja y que Pato es el lobo, y que no van por la ciudad sino por el bosque.

Un día, mientras iba hacia el parque con Pato, a Julia le pareció que la seguía un hombre de aspecto sospechoso.





Con el cuello de la gabardina subido y el sombrero calado hasta las cejas, parecía un espía de los que salen en las películas de misterio.

Para comprobar si el hombre la estaba siguiendo, Julia, en vez de ir directamente al parque, decidió dar un rodeo. Incluso dio dos vueltas enteras a una manzana. Pato la miraba extrañado, pues se daba cuenta de que no seguían el camino habitual.



A pesar de que estaba un poco nerviosa,  
Julia no echó a correr ni cometió ninguna  
imprudencia.

Por fin se convenció de que nadie la seguía  
y fue al parque.

Durante un rato, paseó entre los árboles mientras Pato husmeaba todo lo que veía y hacía pis en los troncos para marcar el territorio.

¡Y de pronto, allí estaba! Con un estremecimiento, Julia vio al hombre de la gabardina sentado en un banco, leyendo el periódico. O fingiendo que leía el periódico, que era lo que solían hacer los espías, según había visto Julia en las películas.

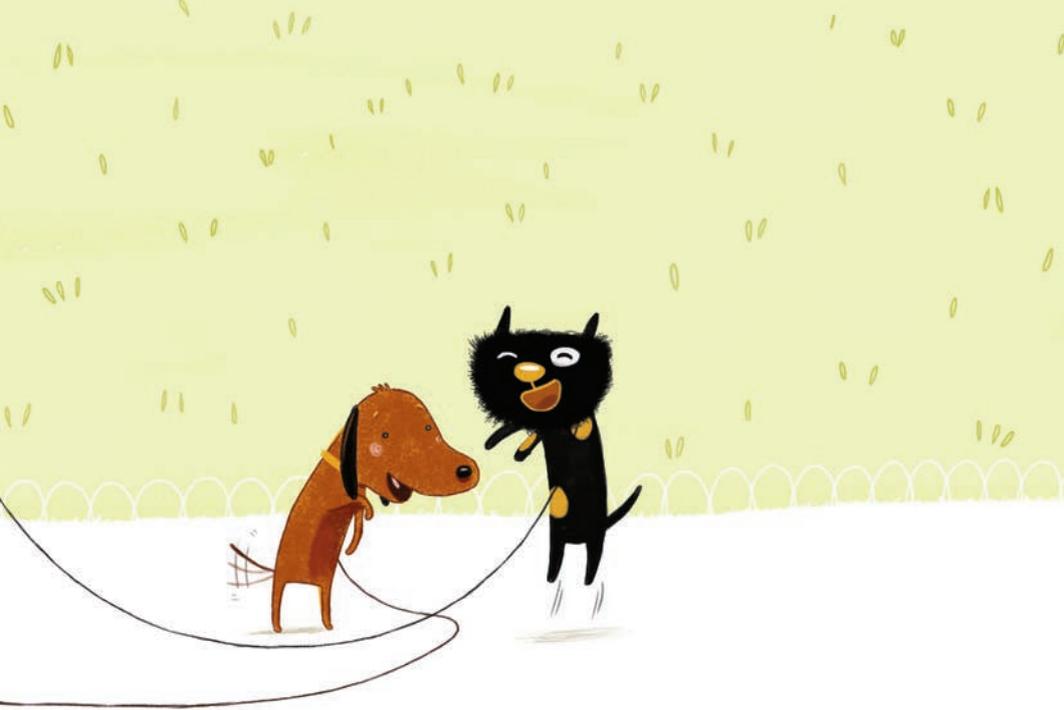
Pato también pareció reconocerlo e intentó ir hacia él, pero Julia se lo impidió. Aquel hombre podía ser peligroso.

Afortunadamente, Julia vio a Antonio, un vecino que también solía llevar al parque a su perrita, que era amiga de Pato. Era un señor bastante mayor y un poco despistado, pero muy corpulento.



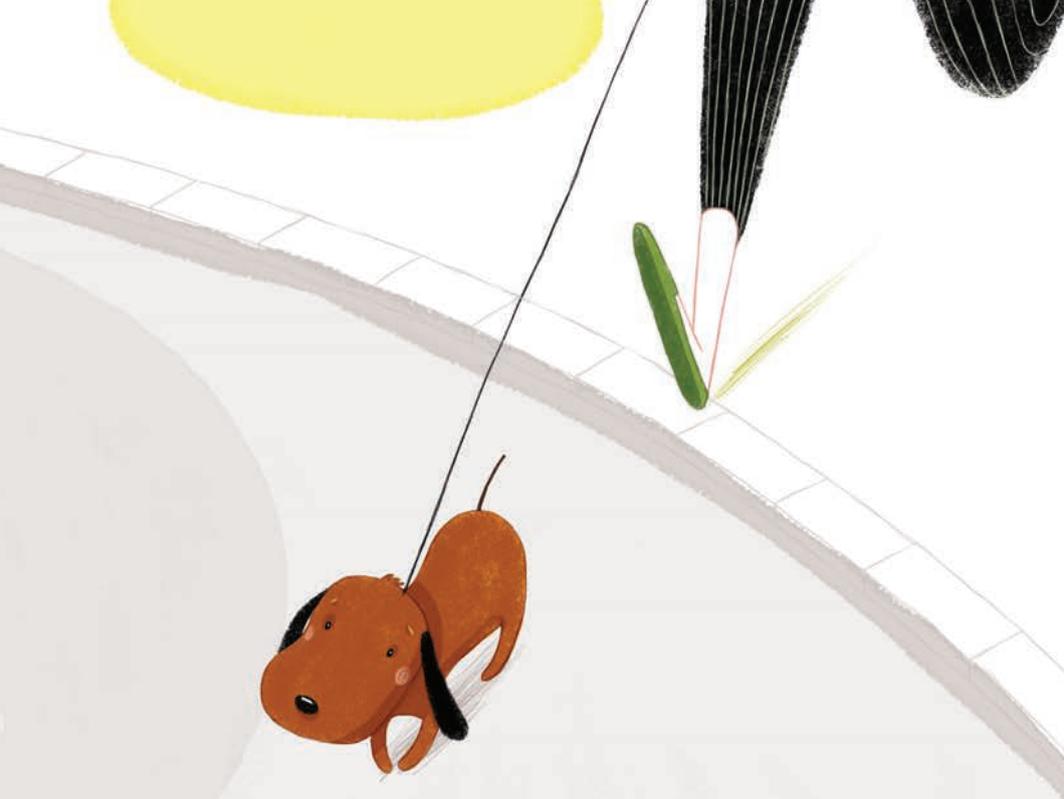
Seguro que el hombre de la gabardina no se atrevía a hacerle nada si la veía con Antonio.

Además, Julia tenía listo su teléfono móvil, un modelo especial para niños. En la agenda del móvil, en el primer lugar, tenía apuntado «Aamamá», siguiendo las instrucciones de seguridad de la policía y los bomberos. La «Aa» delante de «mamá»



significaba «Avisar a». Pero no haría falta que nadie avisara a su madre, pues ella misma tendría el teléfono en la mano, listo para llamarla a la menor señal de peligro. Su vecino, Antonio, era muy amable y simpático, y se alegró mucho de ver a Julia.

Luna, la perrita de Antonio, también se alegró de ver a Pato.



Julia no le dijo nada del espía; simplemente, se puso a pasear al lado de Antonio hasta que él exclamó mirando su reloj:  
— ¡Huy, qué tarde se me ha hecho!  
Luna y yo tenemos que volver a casa.  
—Pues Pato y yo también —dijo Julia.  
Y se fueron los cuatro juntos.

El hombre de la gabardina seguía sentado  
en el banco, leyendo el periódico.

O fingiendo que leía...

Antonio era un poco atolondrado. Un par  
de veces intentó cruzar con el  
semáforo en ámbar, pero Pato  
le ladró y Julia lo contuvo.



—No da tiempo a cruzar, Antonio —le advirtió—, y a veces los coches salen disparados en cuanto se pone verde para ellos.

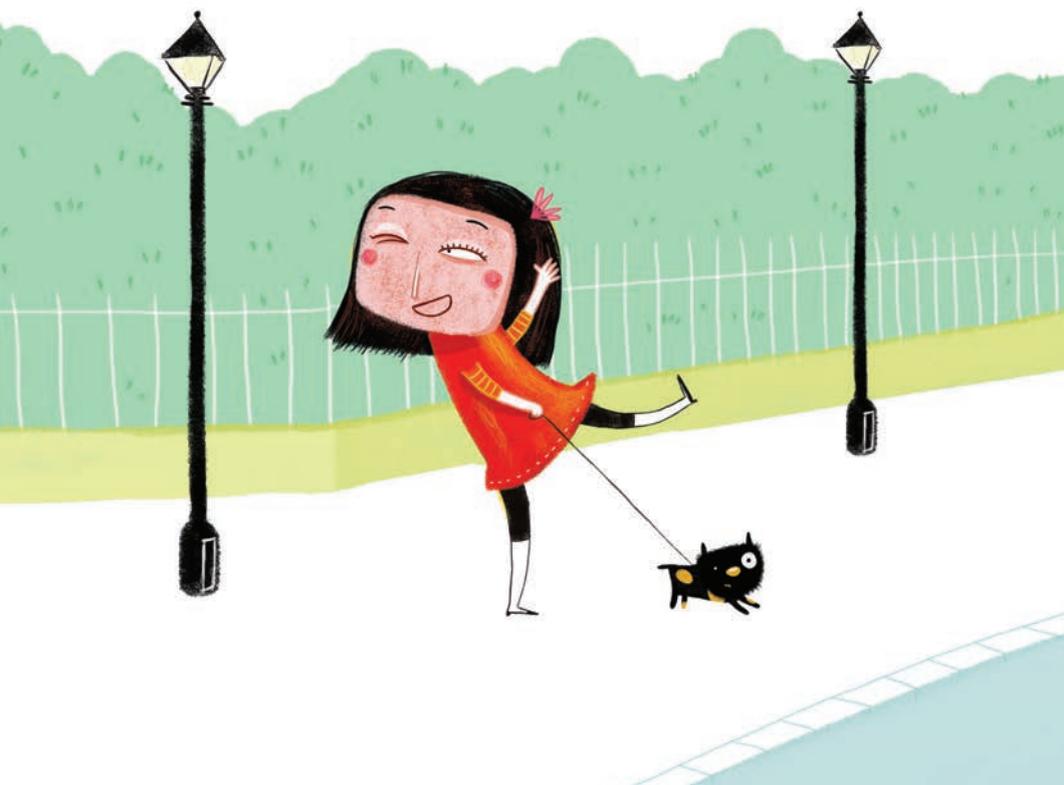
—Tienes razón —reconoció él—, pero es que Luna está impaciente y tira de la correa... A veces pienso que no soy yo el que la lleva de paseo a ella, sino que es ella la que me lleva a mí.



Su vecino también estuvo a punto de cruzar por el medio de una calle en la que no había paso de peatones.

—Hay que cruzar cerca de la esquina, Antonio —le recordó Julia—, donde los coches van más despacio y se fijan más.

Al cabo de unos minutos habían llegado. Antonio y Julia vivían en la misma calle,





y sus portales estaban a menos de cien metros de distancia.

—Bueno, Luna y yo nos quedamos aquí —dijo Antonio deteniéndose ante su portal—. Gracias por acompañarnos a casa.

—Gracias a ti por protegerme de los espías —dijo Julia, y él se rio porque creía que la niña estaba bromeando. Y ella también empezaba a pensar que habían sido imaginaciones suyas.

Pero cuando solo le faltaban unos veinte metros para llegar al portal de su casa, el hombre de la gabardina dobló la esquina y empezó a caminar hacia ella.

Pato gruñó sordamente y se puso delante de Julia, como para protegerla.

En ese momento estaban pasando por delante de una cafetería y, sin pensárselo dos veces, Julia se metió en ella.

—Aquí no se puede entrar con perros, niña —le dijo una camarera; pero Julia contestó:

—Es una emergencia —y acto seguido sacó el móvil y llamó a su madre.



—Mamá, estoy en la cafetería de al lado de casa —le dijo—; baja enseguida, por favor. Su madre no hizo preguntas. Solo dijo «Voy», y a los tres minutos estaba con ella. —¿Qué pasa, Julia? —preguntó la madre—. Me has asustado. —¿Has visto a un hombre con gabardina y sombrero, mamá?



—Sí, está parado ahí fuera, como si esperara a alguien.

—Me espera a mí. Ha estado siguiéndome todo el rato.

—¿Estás segura, hija?

—Segurísima.

Antes de que Julia pudiera tan siquiera decirle que tuviese cuidado, su madre ya estaba en la calle encarándose con el hombre de la gabardina.

—¿Está siguiendo a mi hija? —le preguntó sin rodeos.

Y para sorpresa de Julia, que había corrido tras su madre, el hombre se quitó el sombrero y contestó con una sonrisa:

—Sí, señora, llevo un buen rato siguiéndola.

—Pues haga el favor de decirme por qué.

—Por supuesto, señora. Verá, trabajo en una empresa que hace encuestas, y estamos siguiendo a algunos niños y niñas para comprobar si respetan las normas de seguridad vial.

Al ver que no era peligroso, Pato dejó de gruñir al hombre, que siguió diciendo:



—Tengo que felicitarla, señora, porque su hija ha obtenido la máxima puntuación. Incluso ha ayudado a un adulto un poco atolondrado a respetar las normas...



Tenga mi tarjeta. Si me llama mañana a mi despacho, le diré dónde pueden recoger el premio que ha correspondido a su hija por su conducta ejemplar.

Una vez en casa, Julia le dijo a su perro mientras le ponía el pienso en el comedero:

—Tiene gracia, Pato: a las personas suelen seguirlas cuando hacen algo malo, y a nosotros nos han seguido por hacer las cosas bien.





# Fundación **MAPFRE**

[www.educatumundo.com](http://www.educatumundo.com)  
[www.fundacionmapfre.com](http://www.fundacionmapfre.com)



Pato no es un pato, es un perro;  
pero de cachorro era muy patoso  
y la abuela de Julia solía decir al verlo  
caminar: “Parece un pato mareado”,  
y aunque su verdadero nombre es  
Saturnino, todos lo llaman Pato.  
A Julia le gusta mucho ir de paseo  
con Pato, y suele llevarlo al parque  
que hay cerca de su casa.

**de 6 a 8 años**



9 788498 443134